

[EN DEFENSA DE UNAMUNO]¹

Va para cinco años que tuve el honor de hablar desde este sitio a las gentes de Bilbao. Era yo entonces más mozo que ahora y sin embargo ya entonces os hablé de amargas cosas de España en un tono de amargura². Y aunque en esta mitad de la vida en que yo me encuentro suelen los años correr con la mayor velocidad y traer en poco trecho grandes mudanzas al corazón, al volver ahora después de cinco es para hablaros también de amargas cosas de España y en un tono también de amargura que acaso en algún momento y contra mi voluntad llegue a romperse en acentos de indignación.

No toméis a ofensa si desde luego os digo que empiezo a hablar casi seguro de que mis palabras quedarán tendidas en el aire, como cadáveres inútiles y sin peso, que, parte por defecto mío, parte por defecto vuestro, el sentimiento en que este acto nos va a hacer coincidir a todos se evaporará sin eficacia y que nuestros propósitos como si fueran brazos de paráliticos quedarán derrotados. Ayer, como hoy, como mañana, con frecuencia creciente, con insistencia progresiva yo he de ir por las villas y los campos de España, de mi tierra, de lo que para mí es lo que aquel labriego irlandés llamaba a su amada, mi parte de mundo, quejándome desesperadamente de la villana muerte que se está dando a nuestra raza y me importa hacer constar que ni uno ni cien fracasos personales pueden apartarme de esta labor. Sé muy bien que a los que no somos políticos de oficio no se nos hace caso: y si además tenemos la desgracia de no ser abogados somos objeto de sonrisa y se nos dice, como de mí decía hace muy pocos días un crítico de gran circulación, que estamos empadronados en la luna.

Tal vez: cada cual tiene su misión prescrita y es la de algunos como la de aquel personaje hebreo, de quien cuenta Renan que todas las puestas de sol daba la vuelta a Jerusalem corriendo sobre sus murallas y gritando: "¡Voz de Oriente, voz de Occidente! ¡Ay Sión que serás destruida! ¡Ay de nosotros, ay de nuestros hijos!" —hasta que en efecto una tarde mientras él daba sus voces fatídicas llegó un ejército enemigo a cercar la ciudad santa y la primera piedra lanzada por una balista hirió al

¹ Este texto inédito se transcribe conforme al original manuscrito redactado por Ortega como preparación de la conferencia que iba a pronunciar en Bilbao, con motivo de la destitución de Unamuno.

² Se refiere a la conferencia "La pedagogía social como programa político", leída en la Sociedad "El Sitio", el 12 de marzo de 1910. (En *O. C.*, vol. I).

augurador mortalmente en el pecho y le derribó mientras clamaba: "¡Ay de mí!".

Mas si el tomar con un cariz tan puramente trágico el propio destino os parece demasiado inmodesto prefiero que penséis en aquella otra anécdota que refiere Kierkegaard. En un teatro daba su representación una compañía de titiriteros y súbitamente prendió fuego en el edificio. Azorados los artistas, sólo el payaso tuvo presencia de ánimo bastante para salir al escenario y avisar al público de que el teatro estaba ardiendo. Pero el público creyó que era un nuevo chiste del payaso y le recibió con grandes risotadas. Tanta gracia hizo que el teatro entero ardió con el público dentro. Por la vía trágica o por la vía cómica nos es bien clara nuestra misión de perpetuos clamadores en desiertos y no nos queda más satisfacción que la de pensar cómo sin duda alguna, se cumplen en nosotros las señales que la Didaké, famoso libro atribuido a los apóstoles, daba para distinguir los buenos de los falsos profetas. Los buenos —dice— se conocen en que no permanecen más de dos días en cada pueblo y en que no piden nada.

Yo agradezco la invitación que me ha sido hecha para hablaros hoy muy especialmente por el tema de que se trata: la destitución de Don Miguel de Unamuno. La arisca independencia de tal persona coloca desde luego el asunto por encima de cualquiera rencillas entre partidos políticos. Por otra parte es un hecho que perteneciendo a la clase de los más graves que pueden acontecer en un país no suelen acertar las muchedumbres a conmovirse y encenderse por ellos. Se ofrece, pues, ocasión de acostumar las grandes masas sociales a entender que los mayores males de una sociedad no son nunca los que se ven sino los que por ser causa de éstos quedan tras ellos y no se ven. Vemos los colores pero no vemos la vibración del éter que produce aquéllos. Sentimos la angustia nacional, pero no tenemos la sensibilidad histórica suficiente para irritarnos ante los actos poco ruidosos que en verdad la originan.

En fin, un tercer motivo hace del asunto sobre que voy a hablar un tema que acojo con entusiasmo. Me refiero a mi posición personal respecto a don Miguel de Unamuno. Los que seguís con alguna atención el desenvolvimiento de la ideología española no ignoráis que soy enemigo extremo del Sr. Unamuno y que él me devuelve con creces esta hostilidad intelectual. Desde hace años vivimos en una incesante contienda, áspera en ocasiones y no creo que el ex-Rector de Salamanca haya escrito contra nadie mayor número de párrafos que contra mí. Por consiguiente, el acudir yo ahora presuroso a su defensa hace evidente que con su destitución no ha sido él solo el herido sino algo de tal amplitud e importancia que yendo más allá de nuestras divergencias lo encontramos formando aquello que en nosotros había de común. Reñíamos un combate cuerpo a cuerpo pero en toda lucha cuerpo a cuerpo hay siempre un momento que hace de ella un abrazo. Salvando las distancias del mérito personal yo di-

ría que competíamos el uno contra el otro pero ambos por unas mismas cosas: por el triunfo del espíritu y por las altas esperanzas españolas. Y estas son las cosas que han sido holladas y escarnecidas en la destitución del Sr. Unamuno y una profunda lealtad nos obliga a suspender un instante nuestra pendencia y volvernos juntos contra el agresor forastero —sin perjuicio de que mañana, vuelta la normalidad, tornemos a darnos botes de lanza. Ya que falte, pues, a mis palabras todo otro linaje de autoridad, tienen al menos en este caso la autoridad que da siempre hablar bien del enemigo.

La destitución de Unamuno, señores, no es sino un caso más de un proceso viejísimo al hilo del cual podía reconstruirse la historia de nuestra decadencia. Un ilustre filólogo alemán, Otto Seek, compuso un libro titulado *Historia de la caída del mundo antiguo* que hizo no poco ruido siete u ocho años ha. Estudia en esta obra el mecanismo morboso, deletéreo que dio en tierra con el edificio colosal del grande imperio romano. Y hay en ella un capítulo donde se expone el proceso central de esa mecánica mortífera a que con sublime acierto ha puesto el autor este título trágico: “La destrucción de los mejores, el aniquilamiento de los mejores”. Oíd unos cuantos párrafos de ese capítulo:

“El primer ejemplo de esta política destructora lo hallamos en el aniquilamiento de los jóvenes entusiastas que formaron aquel tropel egregio en torno a Tiberio Graco y su hermano. Pero creció aún la insanía en iracundia cuando los partidos dejaron de pelear por el poder y lo hicieron sólo individuos ambiciosos. Mario y Cinna asesinan a los aristócratas y a sus personales enemigos a centenas y a miles; Silla emplea no menor solicitud en acabar con los demócratas; y cuanto queda de sangre noble cae bajo las proscripciones de los triunviros. Tenían los romanos menos fuerza espiritual que perder que los griegos y el agostamiento fue en ellos mucho más rápido”.

“Todo el que tuvo osadía bastante para exponerse políticamente fue casi sin excepción trucidado: sólo se dejó vivir a los cobardes, a los temperamentos de compromiso y de su sumante crecieron las nuevas generaciones. Compréndese que en virtud de la ley de herencia fuera la medrosidad su rasgo más saliente. Como la clase superior fue la más castigada por las proscripciones había de hacerse antes en ella reconocible la transformación del carácter romano y en realidad se advierte cómo el senado, donde la nobleza romana tenía su representación fue haciéndose más cobarde en cada generación”.

“Cuando en tiempos de Augusto las persecuciones concluyen y se ejerce por parte del gobierno un suave régimen, los hombres a pesar de que no tienen ya nada grave que temer no saben más que inclinarse y ceder. Heredada de sus padres reinaba en ellos aquella terrible cobardía instintiva que les estorbaba todo acto enérgico y toda palabra sincera”.

De este modo se corrompe y sucumbe la grandeza sin ejemplo del im-

perio romano. Y como en él, en toda otra profunda decadencia que ofrezca la historia, ha consistido la receta mortal en este ir aniquilando a los mejores. Apartad cuanto en los párrafos leídos tiene un carácter de sangrientos crímenes, de brutal opresión física, de trágicos destierros, es decir, cuanto al fin y al cabo tiene como una negra grandeza —sustituid todo esto con tortuosos e hipócritas procedimientos, con cobardes abusos de las apariencias legales, con blasfemas apelaciones a la opinión pública unas veces, al principio de autoridad otras, con un sistema complejísimo pero inundador de pequeñas, constantes, cínicas corrupciones, con una sabia, paciente, previsora táctica para ir tapando todos los resquicios por donde pueden escaparse y resonar las voces sanas y las acciones nobles, sustituid, en una palabra, los puñales por alfileres y las proscipciones por simples destituciones— y tendréis un esquema del terrible mecanismo que opera insistente, eficaz, omnímodo sobre la pobre vitalidad española. Pensad en cualquiera institución nacional, es decir, en cualquiera de esos máximos aparatos sociales ideados un día para fomentar, para potenciar una función de la vida colectiva —la instrucción pública, el parlamento, la prensa, la hacienda— y las hallaréis convertidas en reductos, afirmados en los cuales los peores de la raza, los sin corazón, sin cerebro, los estériles, oprimen e inutilizan a los mejores, a los que aman las cosas por las cosas mismas, a los capaces de entusiasmo y de sacrificio, a los laboriosos, a los productores. De esta triste colmena nuestra, señores, se han hecho dueños los zánganos.

Dos Españas, señores, están trabadas en una lucha incesante: una España muerta, hueca y carcomida y una España nueva, afanosa, aspirante, que tiende hacia la vida y todo está arreglado para que aquélla triunfe sobre ésta. Porque la España caduca se ha apoderado de todos los organismos públicos, de todo aquello que podemos llamar lo oficial y que no es sólo la Gaceta y los ministerios, y esa España cadavérica y purulenta convertida en España oficial gravita, aplasta, agota los gérmenes de la España vital.

Tended si no la mirada por nuestra sociedad y veréis como cuando halléis algo que os satisfaga con cierta plenitud, —un hombre, una obra, una tendencia espiritual o económica— lo hallaréis situado al margen de la España oficial, en lucha con ella, de un modo o de otro perseguido por ella.

Vamos brevemente a analizar la destitución de Unamuno y veréis como nos encontramos con un caso concreto de ese proceso destructor de los mejores, de esa peculiar organización morbosa de una sociedad que hace a ésta automáticamente repeler e inutilizar sus individuos más fuertes —un caso concreto, en suma de esta España oficial y España vital.

¿Quién es Unamuno, quién es el oprimido? ¿Quién ha destituido a

Unamuno, quién ha triunfado sobre Unamuno? Quizás habéis presenciado alguna vez al través de una lente cómo en una gota de sangre caen voraces sobre algún glóbulo de vida los menudos animalillos patógenos. Del inmenso volumen de la existencia nacional separemos este suceso diminuto, esta gota social —la destitución de un Rector en una Universidad— y acerquemos la pupila. ¿Qué vemos?

Vemos sobre la árida llanura del alma española un hombre que se levanta solitario, y hace con los brazos, al crepúsculo dolorido que alumbra las decadencias, unos gestos de energía y de esperanza. Tiene el semblante triangular como los vascos y como los vascos ideas tercas, fuertes y esquinadas. Este hombre es Unamuno.

Hacia 1890 comienza Unamuno su labor. ¿Qué era entonces España? Un cauce de miserias donde rodaba altisonante un torrente de falsas palabras. ¿Creeís que esto que yo digo es, a su vez, no más que un puñado de palabras? Yo os respondo con un número: 1898. Basta. ¿Qué era el ejército nacional? Una palabra: Cuba. ¿Qué era la marina? Dos palabras: Cavite, Santiago. ¿Qué era la Hacienda española? Ah, eso —algo dice la cifra de la Deuda—, pero no es suficiente lo que dice. Yo no sé qué era la Hacienda española ni qué es hoy: no creo que lo sepáis vosotros todavía —no creo que lo sepa nadie— porque hablando honradamente sólo conozco uno que lo sospecha y ese no quiere hablar. España es un país que no contaba y no cuenta con dos hombres capaces de enseñarle qué sea su hacienda. Ni soldados ni barcos ni industria ni comercio: donde Dios quería tenían unas cuantas espigas la buena gracia de granar. Y contad que era la época del enorme progreso en la producción que ha decuplado la riqueza de Europa merced al capitalismo y a la técnica. La España material, pues, era un fantasma misérrimo. ¿Y la espiritual? Ah, esto no necesario que me lo cuente nadie, me basta con descender a mi propio corazón y hacer que en él se incorporen unas cuantas reminiscencias. Me basta con recordar mi mocedad que es de seguro igual a la de muchos de los que me oís y en nada se diferencia de la de cualquier hombre honrado, entusiasta y patriótico. Es la edad en que, al entrar en la vida, toda alma pura y enérgica busca en torno principios superiores, ideales en que encenderse y a los cuales servir. Son los años en que el intelecto, la voluntad y el sentimiento necesitan moldearse en fuertes disciplinas que inciten a vivir. Pero en torno nuestro no sonaban más que voces arcaicas y rastreras o torpes y ampulosas. Ibamos buscando maestros y no los hallábamos: las Universidades, salvo escasísimas excepciones no nos han enseñado nada. Los libros representativos de la época no acertaban a sacudir nuestras entrañas con su estúpida retórica. Ha habido, señores, unos años en que todo hombre joven y sensible se encontraba en medio de la España espiritual como un Robinson —forzado a hacerse con sus propios dolores

un credo en que cobijarse como el personaje inglés una cabaña ¿Cómo se quiere que no nos quejemos?³.

.....

Aquí tenéis al ofendido y los ofensores —aquí tenéis al vencido y los que han triunfado. ¿Por quién os decidís? Los vencedores son estos hombres reptantes, torcidos y mañosos, inhábiles para toda creación: suyo es el poder, la fuerza política, el apoyo de las grandes oligarquías financieras, y esas enormes paletas para hacer la lluvia y el buen tiempo que llamamos la gran prensa: todo es suyo— el vencido, no tiene nada sino su corazón y su cabeza, es este hombre solitario y sin compromisos, pobre y sin embargo constructor, edificador de la conciencia patria que desde un rincón de España, con el instrumento de su existencia pura y valerosa fabrica honor nacional. ¿Por quién os decidís?

No sería sincero y fuera no serlo pagar mal vuestra benevolencia y a la vez cargar mis remordimientos si no os digo que falta en todo este cuadro el personaje principal, el que tiene la culpa de todo, el último responsable de todo. Ese personaje sois vosotros. La intrincada connivencia de políticos ineptos, negociantes asoladores y prensa silenciaria a que me he referido son, es cierto, la enfermedad nacional. Pero vosotros, nosotros somos la causa responsable de ella. Con todo su poder y con ser dueños del aire que respiramos no triunfarían los enemigos de la vitalidad española sobre los gérmenes de ésta si vosotros no decidierais en su favor. ¡Ah! He aquí una acusación que es mi punto de honradez hacerlos formalmente.

Se trata, acaso, de que tenemos infeccionada la facultad suprema del espíritu: la sensibilidad de los valores. Hay un orden real y de valoración: cuando hemos ordenado las cosas según lo que son, cuando las sabemos, sometemos todo ese material a una estructura de valores. Como no podemos abrir los ojos sin que algo se marque en ellos —nuestro corazón reacciona así mismo, pone lo uno antes que lo otro, lo prefiere—, llevamos en el pecho una máquina de preferir; y así como hay la enfermedad de ver lo rojo gris hay la de que puestos entre dos valores subvertimos su proporción verdadera. Hay un odio a lo mejor por ser mejor y una simpatía hacia lo abyecto. Esta es la perversión de los instintos valoradores. ¿Es que ocurre esto a la raza española? ¿Cómo encuentra el inferior apoyo siempre contra el egregio?⁴.

.....

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

³ Entre este párrafo y el siguiente constan en el manuscrito una serie de apuntaciones meramente indicativas, pero cuyo argumento consiste en una caracterización de Unamuno y de sus ofensores.

⁴ La parte final de la conferencia consta de nuevo sólo en apuntaciones. El argumento parece ser la reclamación de una más viva solidaridad con los "hombres mejores", y un enfrentamiento con las instituciones que tratan al pueblo español como si éste no fuese más que "un pretexto para que ellas existiesen".